

Jorge Bustos

Casi

Una crónica del desamparo

Libros del Asteroide 

Esta es una obra de no ficción. Todas las situaciones descritas y todas las declaraciones reproducidas fueron atestiguadas por el autor. Todas las personas que aparecen son igualmente reales, aunque algunos nombres han sido cambiados siguiendo la voluntad expresa de los aludidos.

El autor está en deuda con numerosas personas que lo introdujeron con paciencia y sensibilidad en el mundo del sinhogarismo. Sin ellas no habría podido escribir este libro. Especialmente valiosa fue la ayuda de Pepe, Mari-bel, Yolanda, Curro, Magu, Laura, Jose, Antonia o Juande, pero la lista es más larga. A todos, gracias.

Prefacio. Un lugar llamado Casi

Al pie de la montaña urbana de Príncipe Pío, tendido junto a las vías que acompañan el curso del río Manzanares, contiguo al cementerio de los patriotas fusilados por los franceses en 1808, en nombre del patrón de Madrid se levanta el centro de acogida de personas sin hogar más antiguo y grande de España. Algunos aseguran que de Europa.

Es un rectángulo de hormigón pintado de rojo, naranja y gris verdoso que nunca ha albergado la menor pretensión de resultar bonito. Entre sus paredes duermen, comen, a veces hablan y a diario sobreviven tres centenares de personas increíblemente dañadas que perdieron su hogar o que nunca llegaron a tenerlo en esta ciudad de más de tres millones de habitantes. Algunos se quedaron en la calle a consecuencia del daño —un accidente, una adicción, una enfermedad mental— y otros quedaron dañados a raíz de vivir en la calle; pero lo cierto en este centro es que los unos resultan indistinguibles de los otros. A estas víctimas perfectas los trabajadores del centro los llaman usuarios. Los turistas se apartan de su camino. Los vecinos se debaten entre la repugnancia y

la misericordia. Pero ellos mismos, los desamparados, hace tiempo que renunciaron a la vanidad de darse un nombre y al ideal de mantener una reputación.

Un lugar así no se encuentra, porque no se busca. Más bien es la clase de lugar que nos encuentra a nosotros, a despecho de nuestra voluntad y a lomos de un misterioso designio, como esa noticia anodina en la que no reparamos hasta que comprobamos con pavor que atañe a nuestra familia. Algo parecido me ocurrió a mí cuando en febrero de 2021, superados los años de precariedad que demasiado a menudo conspiran contra la vocación periodística, pude realizar el propósito de convertirme en propietario. Encontré un ático con una amplia terraza asomada a la vieja estación del Norte, un piso no muy grande pero luminoso y bien comunicado, bendecido por el vértice forestal que forman el parque del Oeste, el Campo del Moro y la Casa de Campo.

Al poco de mudarme empecé a tropezar por la calle con los usuarios del Centro de Acogida San Isidro. Los funcionarios municipales se refieren a él con un acrónimo cariñoso: Casi. El Casi es una institución venerable del asistencialismo madrileño y español; pero para mí, recién aterrizado en el barrio y orgulloso de mi elección, empezó siendo un problema desagradable. No debo ocultar, aunque ahora me avergüence, el rechazo que sentía cuando para acceder a mi casa algunas noches tenía que saltar por encima de un indigente que había elegido mi portal para derrumbarse, completamente alcoholizado, un reguero de vino partiendo de su boca descolgada y bajando por sus andrajos hasta manchar la acera. No debo ocultar mi asco, porque de esa reacción amoral, instintiva y frecuente surgió la idea de este libro.

La experiencia ordinaria de convivir con usuarios del Casi fue socavando silenciosamente mi repulsa hasta que un día entendí la oportunidad que se me ofrecía. Sucedió una tarde a la vuelta del trabajo en la redacción, mientras conducía por el barrio con cuidado de no aproximar el coche en exceso a los cuerpos que se tambaleaban en los márgenes de la calzada. Igual que estalla el fósforo en la lija entendí aquella visión cotidiana como una enigmática sugerencia. Como un eco de la recomendación de Strindberg que nos invita a mirar precisamente allí de donde es normal retirar la mirada. No se trató de ninguna epifanía religiosa y mucho menos de presunción poética: tan solo vislumbré un posible retorno al origen del periodismo sin salir de mi vecindario. De pronto me apeteció averiguar lo que podía aprenderse de la condición humana tan cerca de mi casa y tan lejos de mi hábitat laboral en platós, despachos, estudios de radio y cámaras parlamentarias.

Me puse a trabajar. Y bastaron las primeras entrevistas para confirmar el salvaje interés que despiertan, a su pesar, aquellos que se mueven en el límite de su propia existencia: los casi ciudadanos del Casi. Porque quienes se levantan y se acuestan sobre el filo de la vida y han hecho del vértigo su costumbre muestran —con una impudicia dolorosa— todas aquellas capas de humanidad cesante, de dignidad rebanada, que han ido perdiendo por las calles. Hasta que exhiben apenas una fibra esencial, algo como el aliento de los días fríos, un tibio núcleo de voluntad que aún palpita. El desnudo deseo de la supervivencia.

Contra lo que se suele decir los sintecho no viven como animales, porque los pájaros construyen nidos, las mas-

cotas viven con sus dueños y hasta las alimañas excavan sus madrigueras. Lo primero que hicieron nuestros ancestros cuando bajaron de los árboles fue adecentar una cueva. De modo que un ser humano que no tiene casa sigue siendo un ser humano, y sin embargo no disfruta de las ventajas de ser un animal. Si a los indigentes, pordioseros o vagabundos se les asimila a animales quizá sea porque comparten con ellos la incapacidad de comunicarse. Porque lo segundo que pierdes cuando pierdes tu casa es el lenguaje.

La palabra, dijo un filósofo, es la casa del ser. Sin casa un hombre va quedándose mudo, va mudándose al ámbito demudado de la incomunicación radical, del enmudecimiento absoluto. El sin hogar vive en un estado de reclusión emocional, expresiva, léxica. Según el testimonio de Primo Levi, que dio cuenta de la condición de víctima en su estadio más puro, los prisioneros de Auschwitz experimentaban una pesadilla recurrente: salían del campo y se reunían con sus familias y allegados, pero al intentar referir su experiencia las palabras no acudían a la garganta. O peor: acudían pero no eran creídas.

En la sociedad de los hombres toda víctima lo es por partida doble: cuando descubre que lo es y cuando lo descubren los demás. Un lacerante atavismo de la especie pone sobre el protagonista de la tragedia una sombra adicional de sospecha, como si a pesar de los esfuerzos redentores del cristianismo el sufrimiento humano continuara maldito, como si lo administrara el capricho de una deidad pagana. De los *hibakusha* de Hiroshima a los primeros sidosos de California; de las víctimas del terrorismo — «Algo habrá hecho» — a las mujeres mal-

tratadas y desoídas; del adolescente linchado en las redes al inmigrante menor de edad: todos ellos atemorizaron o atemorizan aún a la sociedad con su herida vergonzante asociada a una culpa injusta. Solo aprendiendo el arte de la compasión, que es un arte ilustrado y no visceral, se vence ese miedo cruel con el que sus semejantes revictimizan al desdichado. Solo recordando que la dignidad es siempre individual y luce singularmente en los más débiles nos hacemos merecedores del respeto mutuo que nos hace humanos.

Los años acumulados en el ejercicio del periodismo político me han persuadido de que la derecha no sabe contar lo que hace ni la izquierda sabe hacer lo que cuenta. Pero este no es un libro de denuncia. No participa de ninguna forma de activismo social ni parte de ningún presupuesto ideológico ni aspira a resituar en la agenda mediática la lucha contra el sinhogarismo o el problema de la escasez de vivienda. Otros reporteros harán todo eso mejor que yo. Ahora bien, tampoco conviene escamotear la paradoja de invisibilidad que empaña un fenómeno cada vez más presente en nuestras ciudades.

Los protagonistas de este libro están por todas partes, pero solo salen en la prensa —sección de local— cuando alguno es quemado bajo un puente o cuando se lanza la campaña anual contra el frío. La democracia primermundista reconoce hoy autoridad moral e ideológica a cualquier colectivo que logre articular con éxito su proceso de victimización, pero de esa carrera está exceptuado el conjunto de desposeídos más evidente y perentorio de todos; desposeído además de cualquier rentabilidad

política. Las víctimas que aparecen en este reportaje son incomparablemente más verdaderas que otras, pero estas que nos ocupan evitan a menudo presentarse como tales y renuncian a señalar culpables fuera de ellas mismas y sus garrafales decisiones de vida. Su aspiración, en los contados casos en los que aspirar sigue siendo para ellas un verbo conjugable, no es otra que la de recuperar la autonomía individual. Todos somos animales políticos menos ellas, que parecen vivir extramuros de la polis, fuera del alcance del debate público.

¿Qué clase social es una que está integrada por excluidos absolutos, excluidos no ya de la comunidad sino de la pura conciencia de sí mismos a causa de una privación total? ¿Y qué conciencia de clase pueden desarrollar aquellos que se anulan a conciencia la conciencia, a base de drogas adulteradas y alcohol barato, hasta que pierden la vida después de haber perdido el juicio? En toda pesquisa sobre los límites de la dignidad humana, por modesta que sea, las preguntas impúdicas se suceden. ¿A partir de qué grado de carestía material se pierde el espíritu? ¿Y qué necesita el espíritu para alzarse sobre la degradación material? Con razón Marx despreciaba el lumpen, ese material humano demasiado defectuoso como para hacer la revolución.

Quizá algunas de estas consideraciones de carácter abstracto y colectivo se desprendan espontáneamente de las historias recogidas a continuación, pero no es ese su cometido. Tampoco se trata de perfeccionar una teoría de la aporofobia, que Adela Cortina ha definido como el rechazo al que no tiene nada que ofrecernos salvo problemas. Este libro pretende ser un ejercicio de observación que se dirige a lo concreto y particular. Deja

hablar a los que nunca hablan, pero desconfía de los buenos sentimientos, que a menudo son la coartada de la peor hipocresía cuando no del narcisismo moral o de una odiosa condescendencia. El proyecto habrá obtenido su justificación si las voces aquí reunidas fomentan en el lector alguna reflexión sobre la impiedad y la empatía, sobre el fracaso de la comunicación en el corazón mismo de la sociedad hiperconectada, sobre la pérdida de adherencia del lenguaje, sobre la cultura del simulacro ético en la que burbujean los predicadores más sensibles de internet.

No es coquetería afirmar que yo no elegí hacer este libro sino que me fue impuesto. Así me sentí, como un médium desprevenido. Pero el inopinado encargo habrá merecido la pena si predispone en el lector ese fogonazo de piedad continua del que nacen la gratitud por lo que nos ha sido dado y la promesa de no juzgar a quienes todo se les arrebató.

El contacto visual con el indigente callejero precipita una reacción híbrida en la que se revuelven el asco, la compasión, el miedo y el odio. No tengo claro que la compasión sea la más positiva de esas cuatro pulsiones, porque compadecerse de alguien reafirma la insalvable distancia entre el sujeto y el objeto, entre el piadoso y el digno de lástima. Es inevitable sentirse superior al compadecido. Pero quien completa el viaje psicológico hasta el odio supremacista parte siempre del miedo: es alguien que temía tanto convertirse en el otro que ahora lo odia. No es casual que la noción griega de fobia (xenofobia, homofobia, aporofobia) se traduzca a veces como miedo y a veces como odio. Por eso importa mirar lo que no se mira: para averiguar de dónde nace ese

temor atávico a mirarlo. Porque cuesta reconocerse en ese espejo paralizante que nos devuelve, como en el mito de Medusa, la posibilidad de nuestra propia destrucción cumplida en un congénere, no en un extraño. En cierta versión del mito, Medusa no fue culpable de otra cosa que de su irresistible belleza, por la cual Poseidón la violó en el templo de Atenea, que montó en cólera y condenó a la violada a criar serpientes donde hubo hermosos cabellos y a petrificar al incauto que se atreviera a mirarla. Cuando se conoce la historia de aquel indigente desastrado que zigzaguea por nuestra calle descubrimos con espanto que podríamos ser nosotros.

El Centro de Acogida San Isidro es el planeta alrededor del cual orbitan los demás centros madrileños de atención a personas sin hogar. Por eso el libro parte del Casi y vuelve siempre a él, pero explora también sus satélites. El reportaje sigue la circunstancia de los sintecho según el ciclo cronológico de un año, el curso natural de las estaciones del otoño al verano, porque ninguna vida depende tanto de las variables climáticas como la de quien no tiene casa. Los trabajadores sociales no se ponen de acuerdo sobre si es más peligroso el verano, con sus olas de calor y su pegajosa invitación a la violencia; o si lo es el invierno, con sus hipotermias fulminantes y su pugna territorial por encontrar cobijo, aunque sea de cartón. Lo seguro es que el clima extremo de la meseta añade complicaciones a la tarea de conservar la salud y la dignidad de aquellos que luchan por no perder del todo la primera y por no pensar con nostalgia en la segunda.

En las frías noches del invierno madrileño, cuando el gélido aliento de la sierra baja hasta la ciudad cortando el aire con cristales negros y se posa pesadamente en las aceras grises, cuando ni las farolas encendidas alcanzan a poner una nota de calor en el ambiente, es posible caminar bien abrigado a lo largo del paseo del Rey, por el que efectivamente llegaba a palacio un monarca absoluto, y descubrir al costado de la pequeña montaña de Príncipe Pío la mole oscura y fea del Casi, como una central atómica a pleno rendimiento, quemando ingentes cantidades de dolor humano capaces de iluminar una metrópoli.